

Estudios Generales: Técnicas del BILDUNG para la época del HOMO Videns

Dr. Rogelio Escudero Valentín

Universidad de Puerto Rico

El sueco B. Jörn Wittrock reflexiona en su ensayo “Las tres transformaciones de la universidad moderna”, publicado en 1996, sobre el destino futuro de esta institución en una época donde las otras dos instituciones claves de la modernidad, el estado-nación y la empresa moderna, han sufrido cambios significativos.

Se pregunta Wittrock si la universidad podrá “sobrevivir en medio de urgentes necesidades de formación profesional en una sociedad cada vez más diferenciada, en la que la propia vida académica sigue las leyes económicas de la división del trabajo” y en la que “los académicos parecen distantes o desacoplados de la amplia realidad social existente fuera de las universidades”.¹

A pesar del cuadro sombrío que pintan estas palabras, el autor apuesta a que se mantendrá vivo un núcleo problemático de esta institución axial de la modernidad: la universalidad.

“El problema de la universalidad de la universidad no desaparecerá. Permanece con nosotros porque es un problema ‘real’ y una preocupación real. Pero, para afrontarlo, tendremos que pensar y actuar como si fuéramos colegas que se comunican libremente en la universidad que los hermanos Humboldt y otros reformadores concibieron, pero que nunca llegaron a ver plenamente realizado”.²

Un concepto educativo clave, que debe preservarse para que no desaparezca la universidad como espacio libre y abierto hacia la universalidad, se recoge en la palabra *Bildung*, vocablo que generó interesantes debates en círculos intelectuales alemanes en el siglo XIX, según nos informa Sven-Eric Liedman en su trabajo “A la búsqueda de Isis: Educación general en Alemania y Suecia”.

A pesar de cierta vaguedad en los debates sobre la *Bildung*, término que parecía enmaridar los conceptos de ilustración y cultura, Liedman rescata de él la concepción de la enseñanza como proceso libre y abierto que requiere la participación protagónica del educando. De ahí que lo defina de la siguiente forma:

Casi siempre significa o significó un proceso (o el regulador de un proceso) e implica, como invariablemente no suele implicar el término “educación”, la cooperación tácita del alumno o estudiante en el proceso de aprendizaje. Se resalta el aspecto subjetivo de la adquisición del conocimiento. El papel del maestro no es nunca el de imponer el conocimiento al alumno, sino más bien el de hacer salir a la luz los talentos y predisposiciones que posee todo el ser humano. En consecuencia, el proceso de aprendizaje en este contexto significa autorrealización en la medida en que el muchacho, la muchacha o el estudiante adulto... aprende a realizar en sí mismo algo que ya tiene potencialmente.³

Como vemos, Liedman rescata en el concepto de *Bildung* la vieja mayéutica del método socrático para referirse a los que algunos denominamos como “Estudios Generales”. El “no imponer el conocimiento”, sino ayudar a sacarlo a la luz, implica a su vez enfrentar los autoritarismos que coartan la libertad educativa, elemento central de la *Bildung*.

Se supone que tal educación nos provea algo así como una especie de almacén cultural que nos sirva de umbral crítico en el análisis de los hechos sociales. Pero, ¿qué sucede cuando lo que domina en el entorno es la subinformación (la insuficiente y pobre selección de los acontecimientos) y la desinformación que se convierte en instrumento de manipulación?

En su libro Homo Videns: La sociedad teledirigida, el sociólogo italiano Giovanni Sartori esboza la tesis de que el Homo Sapiens ha devenido en Homo Videns, es decir en el hombre esclavizado por la inmediatez de imágenes que les provee el video, etimológicamente la pantalla. Tal hombre, afirma Sartori, “que pierde la capacidad de abstracción es eo ipso incapaz de racionalidad y es, por tanto, un animal simbólico que ya no tiene capacidad para sostener y menos aún para alimentar el mundo construido por él”.⁴ Añade que ese nuevo Homo, el Videns, «no dispone del “almacén” (llamémosle acervo cultural) que le permitiría superar el “umbral crítico” en lo que se refiere a lo político y a los asuntos internacionales». ⁵ Advierte entonces que “estamos cuidando un video-niño que no crece, un adulto que se configura para toda la vida como un niño recurrente y éste es el mal camino, el malísimo camino en el que nos estamos embrollando”.⁶

Llegado a este punto cabe preguntar: ¿qué puede hacer la nueva *Bildung* de los Estudios Generales para sacarnos de tal embrollo? Se me ocurre que lo primero es reconocer esa realidad, reconocer las

características del alumno-video que llega a nuestras aulas. A renglón seguido, debemos procurar llevarlo hacia la cultura de la reflexión para que comprenda que la tecnología no debe ser una entelequia que se devora a sí misma, sino un instrumento al servicio de la evolución de la conciencia. De lo contrario, la universidad graduará seres robóticos que debilitan lastimosamente su humanidad.

Debo precisar que cuando utilizo el término conciencia parto del convencimiento de que la especie humana avanza, a pesar de la contrastable realidad en que vivimos, hacia niveles superiores de evolución. Creo que este planteamiento adquirirá concreción, y se hará más claro, en la medida en que comprendamos que tras la separación que alimenta nuestra cotidianidad se encuentra “la unidad de la mente”, como señaló en 1958 el premio nobel de física *Erwin Schrödinger* en un escrito así titulado de penetrante intuición mística. Unidad, añado yo, que debe enraizarse en relaciones humanas basadas en la solidaridad, la justicia y el amor.⁷

Es imperativo que el profesor de Estudios Generales reflexione de continuo sobre su praxis educativa hasta encontrar métodos, etimológicamente caminos, que le permitan enfrentar la crisis de este nuevo tiempo. En tal empeño, he ensayado varias estrategias en procura de rescatar la cultura de la reflexión en tiempos del Homo Videns. Enmarco las mismas en la teoría de los sistemas porque lo que intento es abrir bucles informativos o conceptuales que sirvan de conectores de ideas para lograr miradas holísticas a la realidad.

Le he llamado al primer ejercicio “Construcción de un acervo cultural”. Cuando se discuten textos incluidos en los prontuarios de los cursos, suelen surgir, como sabemos, referencias a una diversidad temática llena de hechos históricos y autores que de alguna manera guardan tangencia con las lecturas principales sometidas a análisis. La dinámica que he desarrollado consiste en advertirles a los estudiantes que en diversos momentos de la exégesis utilizaré la frase “acervo cultural” como indicador de una pausa que se utilizará para la búsqueda de información pertinente. Saben entonces que les proveeré un dato nuevo (quizás el nombre de un autor, una obra, un personaje, algún hecho histórico o un tema relacionado) que de alguna manera entrará a formar parte del corpus analítico principal. Si desconocen el acervo, dos estudiantes (designados como los técnicos del grupo) podrán activar sus computadoras u otros medios electrónicos que tengan a mano, para buscar datos básicos sobre el mismo que leerán en voz alta. Les pido entonces al grupo que vincule coherentemente la nueva información con el tema principal.

Me es particularmente grato observar cuando un estudiante levanta la mano y pide la palabra para decir en voz alta “acervo cultural”. Soy yo en tal momento el que debe estar atento porque sé que mencionará alguna película relacionada o traerá a colación los frutos de la discusión sostenida en otro de los cursos de la Facultad. Al final del semestre, cada alumno debe entregar un cartapacio de acervos culturales y tomará un breve examen oral sobre la información contenida en la libreta de acervos.

El segundo método se inicia con la pregunta: ¿Qué sucedió en la ciudad? Me surgió esta idea mientras leía el texto “Alejandro Bonilla como ejemplo de moral cada día”, artículo que redactó en República Dominicana el prócer y gran educador de nuestros pueblos Eugenio María de Hostos, nombrado “Ciudadano de América” por la Legislatura Peruana en 1938.

Cuenta Hostos en ese escrito que un día mientras visitaba el aula en que impartía y recogía lecciones Federico Henríquez y Carvajal, quien fuera dilecto amigo de José Martí, notó que los escolares conversaban animadamente sobre la muerte de Alejandro Bonilla, persona querida y significativa de su ciudad.

Nos dice Hostos que “cuando llegó la hora de dar esa lección y empezó el profesor, como se debe casi siempre empezar en ella, por inquirir lo sucedido en la ciudad, en el barrio o en la escuela, se oyó una sola voz: “Que murió Don Alejandro Bonilla”. Giró entonces la clase en aquel salón dominicano sobre la vida de un hombre que había sido significativo para el colectivo social de la ciudad.

Luego de leer el escrito de Hostos, decidí utilizar la técnica de Henríquez y Carvajal antes de comenzar una clase en la que analizaríamos el ensayo “¿Podemos ser felices?” de Nemesio Canales, extraordinario periodista y literato puertorriqueño fallecido en 1923 y quien fue, como Hostos, querido y respetado en tierras sureñas de nuestra América.

Tras explicarle al grupo que iba a utilizar el vocablo ciudad en un sentido metafórico que abarcaría tanto lo nacional como lo internacional, lancé la pregunta: ¿Qué sucedió en la ciudad? Casi de inmediato un alumno se adelantó a los otros para responder: “Profesor, escuché que hay un grupo de mineros enterrados a gran profundidad en una mina chilena. Morirán asfixiados si no logran rescatarlos pronto.”

Aquel suceso desafortunado generó un activo intercambio donde afloraron, preguntas como las siguientes: ¿Por qué la vida es tan frágil?, ¿qué sentido tiene hacer planes si tenemos siempre la muerte acechando nuestros pasos? En la fluidez del debate se manejaron, entre otros, los conceptos de paciencia, solidaridad, felicidad y esperanza.

En aras de concreción social, les asigné para discusión ulterior la búsqueda de datos que les permitiesen argumentar sobre las denuncias de que existen compañías mineras transnacionales en Sudamérica que explotan inmisericordemente a sus empleados; mientras se llevan al exterior el grueso de las riquezas, dejando las aguas contaminadas. Les mencioné además, como acervo cultural, los conmovedores relatos mineros del chileno Baldomero Lillo.

Les pedí, finalmente, que cerrasen los ojos en silencio por algunos segundos e imaginasen, con toda la intensidad posible, la angustia que estaban experimentando los mineros justo en el momento en que dialogábamos. Luego del recogimiento solidario, les pedí que abrieran el texto “¿Podemos ser felices?” para que señalaran la tesis central del ensayo. Les resultó entonces fácil entender el argumento de que la felicidad, entendida como un lugar estanco propio de los cuentos de hadas, no existe; por lo que no tiene sentido gastar nuestro tiempo en buscarla. Sospecho que Canales hubiese aceptado en cambio la definición de Carlo Marx: “ La felicidad es la lucha.”

Aceptaron además como bueno el subtema de que en rigor sólo contamos en nuestra vida con los vaivenes que nos trae la alegría, emoción que al estallar nos hace vibrar y quizás percibir, aunque sea de forma fugaz (como un relámpago después de la noche diría Baudelaire) cuán conectados estamos con el resto de nuestra especie. Fue precisamente esa emoción la que experimentaron los mineros chilenos cuando lograron transmitir, en un arrugado papel, que aún permanecían con vida.

La dinámica del curso cambió luego de aquel primer ejercicio con la nueva técnica. Desde aquel entonces, los estudiantes procuraban llegar enterados sobre los últimos sucesos relevantes de Puerto Rico y del mundo. Noté cuánta satisfacción derivaban al adelantármese para preguntar: “Profesor, ¿qué sucedió en la ciudad?”

A punto de finalizar debo decir que la praxis educativa que acabo de describir me ha demostrado que Isis, la diosa egipcia, es un símbolo adecuado para fijar la función de la *Bildung* de los Estudios Generales

en el momento actual. De la misma forma que Isis recorrió pacientemente a Egipto en búsqueda de las partes desmembrada de Osiris para reconstruirlo, le corresponde a los Estudios Generales reunir las imágenes fragmentadas del Homo Videns para salvar el Homo Sapiens.

NOTAS:

¹ B. Jörn Wittrock, “Las tres transformaciones de la universidad moderna” en La universidad europea y americana desde 1800: Las tres transformaciones de la universidad, Sheldon Rothblatt y B. Jörn Wittrock (compiladores), Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona, 1996, pág. 383.

² Ibid, 383.

³ Sven-Eric Liedman, “A la búsqueda de Isis: educación general en Alemania y Suecia” en la universidad europea y americana desde 1800: Las tres transformaciones de la universidad, Sheldon Rothblatt y B Jörn Wittrock (compiladores), Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona, 1996, págs. 89-90.

⁴ Giovanni Sartori, Homo Videns: La sociedad teledirigida, Editorial Punto de Lectura, Madrid, pág. 178.

⁵ Ibid, pág. 105.

⁶ Ibid, pág. 156

⁷ Véase Cuestiones cuánticas: Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo (Editado por Ken Wilber), Kairós, Barcelona, 1987, págs. 132-140.